

AMEDEO CENCINI

**LA VIDA FRATERNA
COMUNIÓN DE SANTOS
Y PECADORES**

SEXTA EDICIÓN REVISADA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

Tradujo José M.^a Hernández Blanco
sobre el original italiano «... *Come rugiada dell'Ermon...*»

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

PAOLINE Editoriale Libri

© FIGLIE DI SAN PAOLO, 1998

Via Francesco Albani, 21 - I-20149 Milano / Italia

© Ediciones Sígueme S.A., 1998

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2149-6

Depósito legal: S. 491-2022

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

I

LA COMUNIÓN CON EL DIOS SANTO Y MISERICORDIOSO

1. Espiritualidad individual y comunitaria: ¿individuos santos o comunidades santas?	29
2. La experiencia espiritual, lugar de la diferencia y de la integración	39
3. La experiencia espiritual, lugar de la misericordia y de la concordia	63

II

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

1. La santidad comunitaria	103
2. El ministerio de la edificación fraterna	114

III

LA COMUNIÓN DE LOS PECADORES

1. El mal comunitario	161
2. El ministerio de la reedificación fraterna	187

<i>Bibliografía</i>	247
---------------------------	-----

<i>Índice general</i>	249
-----------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

Este libro es la continuación natural de *Vida en comunidad: reto y maravilla. La vida fraterna en la etapa de la nueva evangelización*¹. Se trata de un segundo volumen que tiene su autonomía y originalidad, pero que se entiende mejor si se lee después del primero, pues profundiza lo que en él se dice y amplía sus perspectivas, centrándose sobre todo en las consecuencias prácticas de la teoría que allí se expone.

En su conjunto, pues, estos dos libros estudian el mismo tema –la vida fraterna en el momento histórico actual de la vida consagrada–, pero desde perspectivas distintas y complementarias. El primero analiza el significado teológico y psicológico del estar juntos en nombre del Señor, y en razón de una regla y una tradición que siguen teniendo sentido hoy. El segundo intenta ver cómo llevar a la práctica la esencia del ideal comunitario, sugiriendo los principios básicos de la praxis operativa. Sin dicotomías rígidas, por supuesto. Enseguida veremos que no se puede hablar de vida comunitaria sin referirse a lo que inspira a la comunidad, que es precisamente lo que la fraternidad tiene que vivir y testimoniar. No puede afirmarse que la comunión es el objetivo de la comunidad si antes no se indican las raíces y condiciones que posibilitan esa comunión.

El primer volumen nos ha ofrecido la imagen de una vida comunitaria con un talante profético y una dimensión de signo, *signum fraternitatis*², que se ha vuelto a descubrir, si es que era

1. *Vida en comunidad: reto y maravilla*, Sígueme, Salamanca³2011.

2. «*Signum fraternitatis*» es el título de la segunda parte de la exhortación apostólica *Vida consagrada* de Juan Pablo II, en adelante citaremos este documento con la abreviatura VC.

necesario hacerlo. Porque vivimos en una cultura que parece haber perdido el sentido de la dimensión social y de la amistad, pero que, posiblemente por esa pérdida u «olvido», es más sensible que nunca a todo lo que vuelve a proponerle de forma visible y eficaz el valor y el placer de estar juntos, de crecer juntos, de vincular establemente la propia existencia y destino a la existencia y destino de los otros. En una sociedad donde las relaciones, incluso las que parecen más naturales e insustituibles para la vida y el bienestar del individuo, son frágiles y precarias, preocupantes e inseguras, no puede soslayarse el testimonio de quienes construyen relaciones que no se basan ni en la carne ni en la sangre, ni en la simpatía ni en la sintonía humana, pero que son más sólidas y duraderas que la carne y la sangre. En una situación general donde se impone por principio el individuo y donde su poder es excesivo, donde lo privado se repliega y el grupo cede ante las exigencias del individuo³, donde predomina la intolerancia ante lo distinto y el rechazo del débil, siguen ahí en pie, imposibles de suprimir, la nostalgia de la relación, la necesidad del «tú», la reclamación de una naturaleza que en lo más profundo de su ser lleva el sello de la relación y de la amistad.

Por eso, vivir la experiencia comunitaria en la vida consagrada sigue siendo moderno y actual. Es un signo que la Iglesia y la sociedad no pueden infravalorar, un sueño que puede convertirse en realidad para toda la humanidad: «En el mundo de hoy, que ansía la unidad y la fraternidad, pero que ha olvidado los caminos o el precio que hay que pagar para ir por ellos, las personas consagradas están llamadas sobre todo a mostrar que el anhelo de fraternidad no es una utopía»⁴. Eso sí, siempre que la experiencia de fraternidad sea auténtica y verdadera, siempre que proponga modelos que se puedan ver

3. Sobre esto, cf. M. Azevedo, *Inculturation and the Challenges of Modernity*, Roma 1982.

4. E. Martínez Somalo, en la presentación de la exhortación apostólica *Vida consagrada*; citado por V. Cattana, *La vita consacrata per il terzo millennio*: Rivista del clero italiano 6 (1996) 450.

e imitar, que transmita una imagen atractiva y convincente de la fraternidad, una imagen nueva y elocuente para el hombre de hoy, una imagen lo bastante valiente como para dejar todo lo que nos hace menos hermanos o no expresa suficientemente el sentido y la hermosura de sentirse tales. A este respecto es impresionante lo mucho que en el reciente Congreso internacional de jóvenes religiosos y religiosas⁵ se ha insistido en el carácter central de la comunidad en la dinámica de la vida consagrada y en el testimonio que está llamada a dar en la Iglesia y en el mundo. La respuesta de los jóvenes en este punto ha sido inequívoca, incluso entusiasta. Y se ha subrayado sobre todo que la fraternidad religiosa es el signo terreno y actual de la vida plena del futuro, cuando los seres humanos se amarán por el amor de Dios y solo por él, que es la realización plena de todo amor humano. Entonces la vida consagrada «será una luz para el porvenir, una esperanza del futuro, porque significará entender la salvación de aquí como principio del mundo que vendrá». Justo en ese momento, según el evangelio, «será levadura para toda la sociedad, porque constituirá un anticipo del mundo futuro»⁶.

Y si es verdad que, en la economía actual, los religiosos están llamados a ser compañeros de viaje de la humanidad en camino hacia esta vida plena, «es en la comunidad donde se aprende a vivir con las personas que el Señor ha puesto a nuestro lado, con su diversidad y con sus límites»⁷; en la comunidad se aprende a caminar juntos.

El primer volumen insiste muy en particular en la importancia y centralidad que tiene la *comunicación* en la comunidad, una comunicación que lleva a compartir sobre todo los

5. Este Congreso, el primero de este tipo, reunió en Roma desde el 29 de septiembre al 4 de octubre de 1997 cerca de 850 religiosos y religiosas menores de treinta años, pertenecientes a 230 institutos femeninos y 150 masculinos (cf. E. Brena, *Religiosi di oggi e non del futuro: Testimoni* 8 [1997] 22-28).

6. M. I. Rupnik, *Dall'esperienza alla sapienza. Profezia della vita religiosa*, Roma 1996, 51 (versión cast.: *De la experiencia a la sabiduría*, Madrid 1999).

7. V. Cattana, *La vita consacrata*, 448.

bienes del Espíritu para realizar una auténtica comunión. Solo el hábito de que los hermanos que viven en una misma casa se comuniquen su fe y se transmitan cada día los dones recibidos de lo alto capacita para anunciar esa fe fuera de la comunidad con un método concreto, el de *compartir* o el de *anunciar por contagio*. Este método es especialmente apropiado en tiempos de nueva evangelización de una humanidad y de una cultura que apenas soportarían otros modelos –como el didáctico y el apologético– y que necesitan signos vigorosos y claros, palabras valientes e inequívocas, testigos que confiesen lo que han visto, tocado, oído y contemplado (1 Jn 1, 1).

1. PERO ¿ES BONITO ESTAR JUNTOS?

Antes de comenzar nuestro estudio hemos de hacernos algunas preguntas. Sobre todo, una cuestión verificadora realmente básica: ¿Podemos hablar de verdad de «hábito de comunicarnos la fe»? ¿Podemos decir que en nuestras relaciones hay una *comunicación experiencial* que las anima y que poco a poco construye una *comunión* que a su vez se nutre del hecho de que se *comparten* los dones de todos?

En *Vida en comunidad: reto y maravilla* decíamos con realismo que todo esto no es una meta que está ahí a la vuelta de la esquina, y que vivir juntos sería más bonito si fuéramos capaces de comunicarnos mutuamente los dones del Espíritu. El documento sobre la vida fraterna subraya sustancialmente lo mismo al referirse a la «escasa calidad de algo tan fundamental como la comunicación de los bienes espirituales»⁸.

Un dato significativo y realmente preocupante es el que nos dan las estadísticas sobre los abandonos de religiosas (de vida activa y contemplativa), de religiosos (sacerdotes o no) y de miembros de institutos laicales. Al analizar los datos sobre la

8. Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *La vida fraterna en comunidad*. «*Congregavit nos in unum Christi amor*», Madrid 1994, 32. De ahora en adelante citaremos este documento con las siglas VCF.

década de los ochenta del siglo XX, se observa –no sin cierta sorpresa y en todos los grupos– que el motivo más frecuente por el que se solicitaba la dispensa de votos, la secularización (para los religiosos sacerdotes) o el abandono era, con mucho, *el cansancio de la vida comunitaria*, muy por encima de los problemas de celibato, las crisis de fe, las relaciones problemáticas con las estructuras, la falta de vocaciones u otras⁹. Se trata de un dato que nos sonroja de vergüenza y que debe hacernos pensar. Si por un lado «es bonito estar juntos», no podemos comportarnos como si ignoráramos que es también la *maxima poenitentia*. O, como dice el subtítulo de este libro, que si la fraternidad religiosa es una comunión de santos, lo es también de pecadores.

Esta es la perspectiva realista y objetiva que queremos adoptar, sin inclinarnos demasiado ni hacia un lado ni hacia el otro. En todo caso, tratamos de encontrar y proponer medios concretos, modos de estar y de vivir juntos, con lo que tenemos de bueno y de malo, formas prácticas que nos permitan edificar la auténtica fraternidad evangélica –tanto en los días buenos como en los malos–, ofreciéndola al mundo y a la Iglesia como *signum fraternitatis* situado en el monte de un testimonio luminoso y seductor, aunque siempre fatigoso y humanísimo, y por eso mismo inmediatamente comprensible.

El santo y el pecador conviven en cada uno de nosotros. Y sorprende descubrir día a día que uno necesita del otro, que el santo que todos llevamos dentro es menos santo si no aprende a convivir con el pecador que hay en él. ¿Acaso no es el santo un pecador reconciliado? Lo mismo ocurre en la comunidad consagrada, que es todo menos un club de gente espiritualmente selecta, o de estatuillas que tratan de complacerse mutuamente, o de «perfectos» que no tienen nada que reprocharse ni que perdonarse. Y tampoco es un grupo de penitentes más o menos deprimidos, ni de impenitentes más o menos indiferen-

9. Estos datos pueden consultarse en la Congregación para los institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica.

tes, actores inconscientes de un psicodrama colectivo o de una terapia de grupo siempre igual para que todo el mundo siga como está, sin perspectivas ni ganas de cambiar.

Y si es cierto que el bien, por su propia naturaleza, suscita comunión porque tiende a difundirse (*bonum diffusivum sui*), también lo es que se puede crear unión y solidaridad desde esta conciencia y desde la experiencia de los propios límites y de las limitaciones de los demás. La comunidad religiosa es justamente el fruto de esta comunión en el bien y en el mal, del bien y del mal. Comunión que hunde sus raíces en el misterio de la comunión con Dios, el tres veces santo, que es «lento en la ira y rico en misericordia» (Nm 14, 18). La fraternidad religiosa puede ser comunión de santos y pecadores porque antes que nada es comunión con el Dios santo y misericordioso, y esta experiencia suscita la conversión del corazón, de un corazón lo bastante sincero como para reconocer su santidad y su pecado, y tan libre que deja que «una y otro crezcan juntos» dentro y fuera de él, hasta el tiempo de la siega, como dice Jesús (Mt 13, 30).

Entonces la experiencia y la utopía de la comunidad cristiana primitiva pueden convertirse en realidad («un solo corazón y una sola alma»; Hch 4, 32) y la fraternidad religiosa puede seguir cantando a pleno pulmón, sin miedo ni vergüenza, ante un mundo que ha perdido el sentido pero no la nostalgia de la fraternidad: «¡Qué dulzura, qué delicia vivir los hermanos unidos!... Es como rocío del Hermón».

¿Qué significa la imagen del salmo que volvemos a citar? El rocío es clave en una tierra como la de Palestina, reseca por el sol en el verano, pues evoca la frescura, la fertilidad, el amplio bienestar¹⁰: en una palabra, una tierra llena de vida. Dice el salmista, y comenta B. Proietti, que para Israel y para toda

10. Para Lombardi, el rocío «al caer de arriba se distribuye con igualdad e imparcialidad entre todas las cosas... El rocío unifica y nivela los sentimientos de fraternidad para llegar a la situación que Hch 4, 32 define como *un solo corazón y una sola alma*, es decir, unidad de sentimientos en la caridad» (G. Lombardi, *I salmi del pellegrino*, Gerusalemme 1970, 85).

persona el amor fraterno es todo esto. Las relaciones recíprocas experimentan un cambio cualitativo, se transfiguran; así que tener «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32) no es pura y simple utopía. Con su canto entusiasta y maravillado el salmista que ora pide implícitamente al mismo tiempo que se haga el esfuerzo necesario para que esta vida fraterna sea una realidad¹¹. También nosotros queremos unimos a esta oración con nuestra reflexión, para que la vida consagrada sea ese «ro-cío» para la Iglesia y para el mundo.

Pero no solo esto. Existe también otro motivo que pone de relieve la importancia del tema de la comunidad en los tiempos que corren.

2. RENOVACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA: EL CAMINO Y LA COMUNIDAD

Desde que acabó el Concilio se ha hablado tanto y con tan poco éxito de la renovación de la vida consagrada que hay gente que no quiere ni oír hablar del tema. Nadie duda de que el modelo tradicional está atravesando una fuerte crisis de identidad, que su universo simbólico se hace añicos y que es «necesario aceptar o crear un nuevo modelo». El problema consiste en que ese nuevo modelo «todavía no está disponible»¹². Para ser más exactos, digamos que abundan los diagnósticos y que cada vez son más precisos los instrumentos para hacerlos. Pero los cuadros que nos pintan son a veces demasiado pesimistas sobre el futuro de la vida consagrada y tanto los métodos para salir de esta situación como la fisonomía futura de la vida consagrada aparecen realmente difusos.

11. Cf. B. Proietti, «*Se il tuo fratello... cade in miseria... aiutalo*» (Lv 25, 35). *Realtà e conseguenze dell'essere fratelli per l'AT*, en *Consacrati per una comunione fraterna*, Roma 1995, 48.

12. C. Maccise, en su relación en el Congreso internacional preparatorio del Sínodo sobre la Vida consagrada celebrado en Roma en noviembre de 1993. El historiador L. Cada dijo allí también lo siguiente: «La vida consagrada está al final de una era», pero aún «es demasiado pronto» para definir con claridad cuál va a ser su imagen futura.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	11
1. Pero ¿es bonito estar juntos?	14
2. Renovación de la vida consagrada: el camino y la comunidad	17
3. Compartir y proyectar	19
4. Proyecto de la trilogía y del texto	23

I

LA COMUNIÓN CON EL DIOS SANTO Y MISERICORDIOSO

1. ESPIRITUALIDAD INDIVIDUAL Y COMUNITARIA: ¿INDIVIDUOS SANTOS O COMUNIDADES SANTAS?	29
1. Las coartadas de la santidad individual	30
1. El otro como diverso	31
2. El otro como pecador	32
2. El carisma, vía comunitaria para la santidad de todos	33
2. LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL, LUGAR DE LA DIFERENCIA Y DE LA INTEGRACIÓN	39
1. La diferencia	39
2. La integración	41
3. Santidad de Dios y camino comunitario de santidad	43
1. La experiencia de la santidad de Dios permite aceptar la alteridad del hermano	44
2. La experiencia de la santidad de Dios permite descubrir la semejanza con el hermano	46
3. La experiencia de la santidad de Dios es una experiencia de fraternidad que santifica	47

4. Signos de comunión en la búsqueda de Dios	49
1. Experiencia espiritual individual y comunitaria	49
2. Soledad y compañía	53
3. Diálogo y silencio	56
5. Entre noche y día	60
3. LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL, LUGAR DE LA MISERICORDIA Y DE LA CONCORDIA	63
1. La misericordia	64
1. El amor que sobrepasa la justicia	65
2. El santo y el pecador en cada uno de nosotros	67
3. «¡Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador!»	70
4. La teología de la nada	72
5. «Como niño en el regazo de su madre...»	75
2. La concordia	78
1. La concordia, vía fraterna hacia la santidad	80
a) En la comunidad, no creerse mejor que nadie	80
b) La desmesura de la misericordia fija y amplía el espacio de la concordia	82
c) El perdón de Dios genera con-cordia con Dios	84
d) Con-cordia es reconocer un santo en cada hermano	85
2. De la integración del mal a la integración del bien (y viceversa)	87
a) El valor más importante: compartir	88
b) Condición de fondo: un amor más grande que el mal	89
c) El pecado más grave: el individualismo	90
d) El fruto más hermoso: la comunión de santos y pecadores	91
e) Un icono simpático: la comunidad como orquesta	93

II

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

1. LA SANTIDAD COMUNITARIA	103
1. Dato teológico: «En medio de ellos»	104
2. Dato histórico: «Somos hijos de santos»	106
3. Dato carismático: la misma santidad	109
4. Dato antropológico: la santidad de la relación	111

2. EL MINISTERIO DE LA EDIFICACIÓN FRATERNA	114
1. Dar gracias a la comunidad	117
1. La gratitud fecunda	118
2. La ingratitud estéril	119
2. Bendecir a la comunidad	122
1. Querer bien	122
2. Querer el bien	124
3. Gozar con el otro	125
4. Decir bien de nuestra fraternidad	126
5. Decir bien a Dios del hermano	128
3. Exhortar a la comunidad	130
1. Estimar y apreciar	130
2. Sostener y alentar	133
3. Cuidar y confortar	136
4. Construir la comunidad	141
1. Tejer relaciones	142
2. Servir a la comunidad	146
3. Permanecer en la comunidad	148

III

LA COMUNIÓN DE LOS PECADORES

1. EL MAL COMUNITARIO	161
1. Dato antropológico: la ruptura de la relación	162
1. Límite fisiológico	162
2. Límite psicológico	163
3. Límite moral	165
2. Dato carismático: la misma misericordia	167
3. Dato histórico: una cadena enloquecida	170
4. Dato teológico: de la experiencia del pecado a la comunión de los pecadores	174
2. EL MINISTERIO DE LA REEDIFICACIÓN FRATERNA: LA JERUSALÉN REEDIFICADA	187
1. Un mal que hay que prevenir o evitar	189
1. Discernir para prevenir	190
2. El robo de la esperanza	191
3. Los mecanismos que reproducen el mal	194
a) La reacción igual y contraria	194
b) «Los mensajeros del mal»	195
c) La condena de la soledad	196

2. Un mal que hay que vivir juntos	199
1. Sufrir con el que sufre	199
2. Confesión y... comunión	201
3. El peso del hermano	204
a) La carga de la libertad de los demás	205
b) Comunión de la cruz y pecado	206
c) Un difícil equilibrio	208
4. El límite de la institución	211
a) «Cinco panes y dos peces»	211
b) La política del paso a paso	213
5. La fatiga común de creer	216
a) Experiencia espiritual y calidad de la relación fra- terna	216
b) El valor de quedarse	218
3. Un mal que hay que transformar y transfigurar	221
1. De la integración a la transformación	222
a) Del límite físico a la «libertad de morir»	223
b) Del bloqueo psicológico a la riqueza de relaciones	226
c) Del mal moral al bien espiritual	231
2. «Señor, quita el mal del mundo...»	238
4. Un mal que hay que bendecir y celebrar	239
1. Bendecir el mal	239
2. Celebrar el mal	241
a) Liturgia diaria	242
b) Liturgias penitenciales	243
c) Ejercicios e instrumentos para integrar el mal	244
<i>Bibliografía</i>	247